

Los preparativos del apocalipsis*

I

Hay ocasiones en que el destino se manifiesta o se decide. Una iluminación, una catástrofe o una elección crucial. «Cualquier destino, por largo y complicado que sea, consta, en realidad, *de un solo momento* —escribió Borges—: el momento en que el hombre sabe para siempre quién es». Algo así le tocará vivir a Esteban Espósito cuando llega a Córdoba para participar de un congreso «sobre la Simbólica del Mal o sobre la presencia o ausencia de algo en el arte contemporáneo o sobre la muerte de las ideologías o sobre todo eso junto». El centro de ese remolino narrativo que es *Crónica de un iniciado*, la segunda novela de Abelardo Castillo, es el decisivo encuentro que tendrá el protagonista consigo mismo (o con Otro, según como se mire). Argentino, escritor, 27 años, Espósito cree en la disyunción «vida o literatura» y el viaje a Córdoba es para él la encrucijada que le permitirá elegir. Por exceso de estimulantes y noches sin dormir o por algún otro motivo, el juego al que entra es vertiginoso: las treinta y seis horas de exaltación y agonía que conocerá entonces serán el pasaje a la adultez y a la desdicha, pero también a la sabiduría y a la literatura, entendida como bastante más que el simple oficio de redactar libros.

II

Aunque es una de las mayores y más antiguas ciudades del país, no es común que una novela argentina trans-

curra en Córdoba. Moderna y a la vez tradicional, famosa por sus iglesias y su universidad, esa capital de provincia adquiere una atmósfera casi fantástica en la visión de Castillo. *Crónica de un iniciado* narra detalladamente la jornada y media que Espósito pasará allí, no sin ramificaciones hacia el pasado (en los recursos del protagonista o de otros personajes) y hacia el futuro (en las acotaciones del narrador —el propio Espósito— desde un presente bastante posterior). Con disgresiones y variaciones, entrelazado con otras historias secundarias, el tema central es una historia de amor y al mismo tiempo una recreación de la leyenda de Fausto. Las alusiones al *Fausto* de Marlowe, al de Goethe y al *Doctor Faustus* de Thomas Mann, entre otros antecedentes, son evidentes, a la manera de homenajes o de citas cómplices. Castillo parece haberse propuesto agregar su propia versión a la eterna serie de relatos en los que un hombre pacta con el Diabolo, ahora en un escenario sudamericano y en 1962, exactamente en el momento en que Nikita Kruschov y John Kennedy se preguntaban si dar o no el paso que podía conducir a la pulverización del planeta.

III

Crisis de los misiles, «acto decisivo», Pacto con el Diabolo, guerra nuclear, literatura como elección de vida: algo suena *démodé* en esta nómina, escasamente compatible con la idea de la deconstrucción derrideana, el rizo-*ma* deleuziano y la posmodernidad. Armoniza mejor con los años 60, época en que Abelardo Castillo publicaba su revista *El escarabajo de oro*, ganaba el premio de teatro de la Unesco con *Israfil* y descollaba entre los jóvenes cuentistas con *Las otras puertas* y *Cuentos crueles*, en tanto en su país se agolpaban los acontecimientos que, a mediados de la década siguiente, desembocarían en la muerte y el terror. Las huellas de aquella tragedia persisten en los más diversos planos, incluido el de la literatura. Preocupadísima siempre por un estricto estar al día, la literatura argentina acogió a *Crónica de un iniciado* como a un cuerpo difícil de asimilar. La suma de aplausos, reproches, equívocos y silencios da que pen-

* Sobre *Crónica de un iniciado* de Abelardo Castillo, Buenos Aires, Emecé, 1991, 458 páginas.

sar, dibuja una presencia rara, quizá demasiado elocuente para lo que tolera la capacidad de recepción de la época.

IV

Como un gran gesto solitario, orgullosamente anacrónico, *Crónica de un iniciado* tuvo la descortesía de poner en cuestión cierto plácido estado de cosas que se denomina «literatura argentina actual»: lo que se publica —y presumiblemente lo que se escribe— en la Argentina, pero también la crítica que sustenta, distribuye y organiza esa producción y la colectividad de lectores acostumbrados a consumirla o necesitados de hacerlo con alguna frecuencia. Con la inoportunidad del fantasma de lo que se daba por muerto u olvidado, esta novela vino, a fines de 1991, a recordar algunas maneras de leer o de entender la literatura, o la relación entre la literatura y los humanos que leen. La literatura, por decirlo así, como una explosión perpetua de significaciones que involucran a mucho más que la razón, el pensamiento y la valoración estética: una manera apasionada y riesgosa de *comprometerse* en el contacto con la letra, de preguntar a la letra por el sentido de la vida, de salir absorto, exhausto o renacido de la lectura. Sí, como puede suponerse, no se ha extinguido ese modo de leer, se lo calla como a una ridiculez o un defecto.

V

Literatura como una manera de comprometer. Esto remite inevitablemente a Jean Paul Sartre, una suerte de anti-gualla para la moda intelectual argentina. Para muchos argentinos, el nombre de Sartre nos remite a las páginas de *El escarabajo de oro* y a las lecturas febriles de los dieciocho años o los veintidós, con la esperanza de que fuera posible una síntesis entre lo ético, la belleza y lo político, y con la sospecha de que la integridad que un hombre pone en juego en defensa de una causa justa es la misma que se revela en la elección de una frase o de un tono. «No se hace lo que se quiere y, sin embargo, se es responsable de lo que se es. Así son las cosas. El hombre, que se explica simultáneamente por tantas

causas, debe, sin embargo, llevar sobre sus hombros la carga de sí mismo. En este sentido, la libertad podría pasar por una maldición. Y es una maldición. Pero es también la única fuente de la grandeza humana», lo escribió Sartre en *Situations II* y parece saberlo el protagonista de *Crónica de un iniciado* al tener que decidir, radicalmente a solas, cuál será su relación con el Mal. De diversas maneras, una pregunta late en todo el libro, y no es Esteban Espósito el único personaje que la encarna: *¿Qué hace uno con su vida?*. Esta pregunta funda, podría decirse, toda la literatura de Castillo, tanto como la de Roberto Arlt, la de Salinger o la de Joseph Conrad. Está en «El Sur» de Borges, en las parábolas de Ford Coppola o en las cartas de Rilke. No una pregunta a la que la literatura debe responder, sino un interrogante que la desata.

VI

Así como el *Ulises* o el *Adán Buenosayres* narran lo que sucede durante uno o dos días, la acción, en *Crónica de un iniciado*, transcurre en treinta y seis horas, pero el orden no es cronológico sino el de una memoria ocupada en reconstruir: a los saltos y a los chispazos, entreverando los lugares y los tiempos. La frase inicial del libro, *Graciela te llamabas*, da el tono de la búsqueda y el esfuerzo por hacer de la palabra una recuperación: en la insensata y brevísima historia de amor ocurrida en Córdoba, y en el recuerdo mismo de la ciudad, con sus cúpulas coloniales y sus vulgarmente modernas galerías comerciales, parece aguardar una cifra. A diferencia de la novela de Joyce, casi tanto como el tiempo en el que ocurren los hechos importa otro, el del momento en que se los recuerda, o —más exactamente— la relación entre ambos: una distancia cargada de sentido. «La memoria —dice Espósito— impone un orden que excede las leyes del tiempo y su lógica. El atardecer en el puente de piedra, la muerte de Santiago, la mirada de Bastián, mi grotesca aventura en el alto recodo de la escalera desde donde se ve el cementerio de las Catalinas, la fiesta en el cerro, las Máquinas que Cantan, todo eso está ocurriendo ahora en una ciudad paralela a esta, hecha de palabras, ciudad que también se llama Córdoba».